

recían hombres como ellos. Tal vez en otros tiempos no fuera necesario sufrir tanto para vivir, se dijo. Al fin y al cabo no había que construir ferrocarriles. Pero alguien debió de levantar los castillos, los puentes y las calzadas, con toda seguridad hombres parecidos a ellos, con las mismas necesidades, los mismos sufrimientos y similares sueños. Lo pensaba, pero no dijo nada, que bastante tenía ya Chinato con lo que acababa de oír.

—Está bien —aceptó al fin el viejo arriero de Orellana—. Todo se andará. Pero eso será mañana, que ya es muy tarde y me caigo de sueño.

Luego se puso de pie, dio las buenas noches y se alejó hacia su barracón pensando un nuevo final para su historia. Más le hubiera valido convertir el ciervo en doncella. Quién le mandaba a él meterse en camisa de once varas. En fin, tenía la noche y todo el día siguiente para inventar un final que fuera del agrado de la mayoría, aunque iba apañado si quería que todos quedasen contentos. Eso era lo malo, o tal vez lo bueno, que cada cual quería poner a las historias que él contaba finales a su gusto.

Cuando sesenta años antes, en el sur de Gales, Richard Trevithick vio cómo su primitiva locomotora, lastimosa, tosca y desgarrada, se desplazaba perezosamente a lo largo de una plancha de hierro forjado, apenas podía imaginar que aquella máquina cambiaría el mundo. Qué lástima que antes no se hubieran inventado excavadoras y taladradoras a vapor, pues se habrían ahorrado muchos sufrimientos los hombres que construyeron los caminos de hierro. Cuando los obreros de la línea del Guadiana, simplemente armados de picos, palas y carretillas, se encontraron con el bloque de piedra que llaman sierra de las Cabras, desgranaron el rosario de agravios acumulado al sur de los Pirineos desde los tiempos de la Armada Invencible y despotricaron contra todo lo que llegaba desde la orilla insular del Canal de la Mancha, pero, como siempre, en cuanto se les fue la fuerza por la boca, cogieron sus herramientas, agacharon las cabezas y se resignaron a su suerte, que era cruzar al otro lado abriéndole las entrañas a la sierra. A los dos meses de trabajar en el túnel habían olvidado que en el Campo de Calatrava y en el valle de las Alcuñas todos los desmontes los habían hecho a mano y que los terraplenes habían surgido carretada a carretada. Fueron días penosos, casi insoportables, e intuían que lo peor estaba aún por llegar. Las palabras de aliento que, poco después de iniciarse las obras del túnel, el ingeniero Eduardo Vicens dirigió a las brigadas sonaron a la arenga de un general a sus tropas antes de entrar en batalla, pero no produjeron el mismo efecto. Situó el ingeniero aquella obra humana muy por encima de la muralla de Adriano y la comparó con la Gran Muralla china y las pirámides egipcias, de las que dijo que, al lado del ferrocarril, eran sencillamente monumentos romos, producto de la ignorancia y

de la superstición de sus constructores, meros testigos de fuerza física, pero con escasa contribución de la ciencia y el gusto. Luego dijo que el ferrocarril era el reflejo de la marcha imparables de la raza humana hacia el orden, la armonía y el dominio de las fuerzas de la naturaleza y para apoyar su exposición y estimular a los hombres en el trabajo, que es de lo que se trataba, comunicó que, en adelante, todos los sábados llegaría hasta la obra un tren especial que trasladaría a quienes lo desearan a cualquier punto entre el campamento y Ciudad Real.

De la trascendencia del túnel empezaron a ser conscientes los artífices de la obra cuando se cercioraron de que Eduardo Vicens no abandonaba el lugar en ningún momento. Escoltado por dos ayudantes, cargados de extraños instrumentos, tan pronto estaba en la boca de la mina, como en la galería de avanzamiento o en lo alto de un montículo, observando el horizonte, calculando el número de varas de tierra y roca que tendría que perforar el personal de ejecución (en la jerga de la empresa) con sus manos ásperas, duras, prolongadas por picos y zapapicos, palas y zapas, pistoletas y macetas.

José (como era su deseo y ya quedó dicho) pasó a formar parte de una brigada de minadores, que era la punta de lanza en la galería (algo tuvo que ver su paisano el Hortelano, que hacía tiempo que vivía con su hija en Cabezarrubia, pero, sin duda, también debió de influir la probada competencia del Nublero, primero en una brigada de cargadores y luego como arriero). A los minadores, que se pasaban el día perforando y cargando barrenos, los escoltaban los cavadores, que completaban y arreglaban la excavación a base de pico y pala, y los entibadores, encargados de apuntalar y fortalecer con maderas y tablas las excavaciones que ofrecían mayor riesgo de hundimiento. Detrás, brigadas de paleros y cargadores llenaban en la galería de avanzamiento vagonetas y carretillas de escombros, que mulas y hombres en yunta arrastraban hasta el exterior para ser distribuidos por los terraplenes que todo lo cubrían a su paso. Detrás de las brigadas de perforación y limpieza del túnel, albañiles y peones revestían los muros. En el exterior los forjadores cuidaban de los arreglos de las barrenas. Herreros y carpinteros construían cimbras y andamios y tenían a su cargo la conservación de los vehículos.

Cuarenta y ocho años después, mientras aguardaba impaciente a que llegara a la estación de Almorchón el tren en el que regresaba de la cárcel su hijo Juan de Dios, José volvió a vivir aquel lejano sábado de junio en que, después de mucho rogarle Acedera y Julián Pregunta, subió por primera vez a un tren. La máquina, tal vez una de las primeras diseñadas por George Stephenson, tenía ya el aspecto que, con unas pocas mejoras, acabaría siendo tan familiar en la línea: caldera alargada montada sobre ruedas tractoras, con los cilindros y la chimenea en la parte delantera y la cabina de conducción en la trasera (todo ello separado del tender, el vehículo que transportaba los suministros de agua y combustible). Delante y detrás de las ruedas de tractor, de gran tamaño, estaban los bujes, ruedas más pequeñas montadas sobre una pieza móvil para repartir el peso y permitir a la locomotora trazar las curvas.

José se vio en un vagón descubierto, con Acedera, Chinato, Agarrapanes y Pregunta, viajando en dirección a Ciudad Real a la increíble velocidad de cinco leguas por hora. En el vagón iban otros que, aun estando en las obras desde los primeros días, no hemos tenido todavía ocasión de presentar, bien porque a José, que es a quien seguimos, le pasaron desapercibidos antes o sencillamente porque sería imposible apuntar siquiera unos rasgos mínimos de tantos como construyeron la línea del Guadiana, por no hablar de toda la red de caminos de hierro que se hizo en menos de medio siglo. Entre los que aún no hemos tenido ocasión de conocer estaban el viejo Dámaso, que era capataz de una brigada de cavadores, y Fernando Cortés, un hombre grave, trascendental, como de unos cuarenta años, con gafas renacentistas, que casi nunca hablaba con nadie y cuando lo hacía dejaba caer las palabras con energía, aunque con la dulzura de una caricia, como hacen en las aldeas de la raya quienes son hijos de España y nietos de Portugal. Corrían rumores sobre su vida tormentosa. Alguien dijo un día que había llegado al camino de hierro huyendo de la policía tras batirse en duelo con un marido celoso. Con el paso del tiempo se inventaron otros incidentes aislados, relacionados con un supuesto y oscuro pasado que él no se preocupó en desmentir.

Algunos de los que viajaban por primera vez en el convoy de los sábados no resistieron el vértigo y se marearon. José, asomado al costado del vagón, arrojó al arcén todo lo que llevaba en el estómago, que no era mucho, mientras se arrepentía de haber subido al tren, por más ferias y fiestas que hubiera en Ciudad Real. No en vano la locomotora había superado ya la velocidad del caballo, máxima alcanzada por el hombre en toda su historia, y el de Artobas no había montado más alazán que algún que otro borrico. Cuando se le asentó el estómago y el aire secó las gotitas de sudor que aún tenía en la frente, el mundo dejó de dar vueltas a su alrededor. En el cielo estaba suspendido un alimoche, observando, inmóvil, el paso de la serpiente de metal. De pronto un pitido sibilante y estridente llenó el valle y las pedrizas espantando al pájaro que huyó como una flecha hacia los riscos que se alejaban a gran velocidad ante los ojos aún aturdidos del joven minador de Artobas. Poco después el tren giró en una curva, dejó atrás alcantarillas y atarjeas, cruzó un pequeño puente, abandonó la serranía y se hundió en una vasta llanura de campos de trigo, cebada y rastrojos que, como un mosaico de múltiples tonos amarillentos, se sucedía con la vivacidad de las imágenes de un sueño. Un viento suave doblaba las espigas formando ondas y esparcía por la llanura desierta las nubes de humo que expulsaba por la boca la máquina. Los ojos de José, que tenía la sensación de que si alargaba un poco la mano podría acariciar con la punta de los dedos las espigas, no eran los únicos que contemplaban, cargados de asombro y estupor, cuanto pasaba ante ellos. Sentían que estaban viviendo una experiencia irrepetible. Quienes habían realizado aquel viaje anteriormente miraban con benevolencia a los noveles, como queriéndoles hacer notar que ellos ya habían pasado por allí antes y que tampoco era para tanto. Algunos se entretenían hablando de cosas intrascendentes, pero hubo quien preguntó si alguien sabía por qué aquella línea, que podría haberse trazado directamente entre Madrid y la frontera de Portugal, con notable economía de tiempo y esfuerzo, seguía un itinerario tan absurdo y prolongado. No entendían que la distancia por ferrocarril entre la capital del reino y Badajoz fuera superior en veinte leguas a la de los antiguos caminos de herradura. Muchas vueltas dieron al asunto y cada cual expuso una opinión diferente.

Sólo Dámaso y Fernando, que parecían abstraídos, guardaban silencio.

—Va usted muy callado, señor Dámaso —dijo Agarrapanes cuando todos los demás hubieron hablado.

—En boca cerrada no entran moscas —respondió el viejo capataz.

—Venga ya, «mano» Dámaso, que usted sí sabe, que por algo es capataz.

—Sea por entretener el viaje y por no seguir escuchando tantas tonterías como se han dicho en tan poco rato —dijo Dámaso al fin—. Supongo que con el conjunto de la línea pasa lo mismo que con el apeadero de Sancti-Spíritu, que debía ser el primero de la provincia en conocer el ferrocarril y quedó abandonado a mitad de construcción, cuando llegó la orden de cambiar el recorrido de la vía. Es como para echarse a llorar. He oído que anda de por medio un tal Muñoz. ¿Cómo se llama? Tú lo debes de conocer, José. Creo que para por tu pueblo. Dicen que es uno de los propietarios más ricos de la Serena.

—Don Armando —susurró el de Artobas.

—Eso, Armando Muñoz. Bueno, el caso es que cuando el tal Muñoz comprobó que del trazado aprobado en Cortes no pasaba ni una vara por lo suyo, montó en cólera y se fue a Madrid a mover sus hilos, hasta que consiguió que la vía pasase por tres de sus fincas, recibiendo así las indemnizaciones que el ferrocarril paga a los propietarios por atravesar sus tierras.

—Venga ya, señor Dámaso, usted nos la quiere pegar... —dijo el joven Acedera.

—Si yo os contara... Pero, en fin, como dije antes, en boca cerrada no entran moscas.

—El señor Dámaso sabe de lo que habla —dijo de pronto Fernando Cortés, mientras limpiaba sus gafas con un pañuelo y mordisqueaba lentamente la colilla de un cigarro—. En torno al ferrocarril se mueven millones de reales y son muchos los intereses creados. Antes que Muñoz otros hicieron lo mismo. Como muestra basta un botón: en Madrid la reina Isabel ha conseguido que la Estación del Norte se sitúe en la montaña del Príncipe Pío y no en Cuatro Caminos, como estaba proyectada, sitio este mucho más idóneo para su emplazamiento. La reina ha conseguido desviar el trazado, para que la línea atraviese la Casa

de Campo, la Florida y la misma montaña del Príncipe Pío. Tal vez no os suenen de nada esos nombres, para el caso es lo mismo, pero da la casualidad de que esas tres posesiones pertenecen a la Corona. En esta historia todo es un cúmulo de despropósitos. No hay más que leer los periódicos para darse cuenta de que el ferrocarril, que nació para unir, nos está separando. Desde que se proyectó el camino entre Madrid y Lisboa se desataron las codicias y, entre el afán de unos de que la vía pasase, al precio que fuese, por las ciudades y pueblos donde ejercen sus influencias, y el deseo de otros de recibir indemnizaciones, se dibujó esta tortuosa y dilatadísima línea, sacrificando proyectos alternativos que atendían al interés general y contemplaban unir Madrid y Lisboa pasando por Toledo y ambas provincias extremeñas, en trayecto mucho más corto que éste que construimos. Por espíritu de equidad se procura ahora remediar el daño a Cáceres votando otro ferrocarril para la Vera de Plasencia, que, con verdad se diga, será un nuevo error, no menos grande, pues el eficaz remedio del mal causado no está ya en abrir otra puerta por donde con el tiempo se pueda ir directamente a Portugal, sino atender de una manera sólida a los intereses agrícolas y fabriles de Extremadura, estudiando un ferrocarril de norte a sur, o sea, la línea extremeño-castellana, que ahora, mejor que nunca, puede y debe hacerse. Pero, maldita sea, mucho me temo que unos y otros sigan jugando con los extremeños en su propio y exclusivo beneficio. Los diputados que nos representan y que pueden gestionar en beneficio de todos, lejos de hacerlo y de cumplir su deber, sólo se ocupan de sus negocios familiares, y hasta los hijos de esta tierra que forman parte de algún ministerio parece que procuran a todo trance hacer olvidar en qué tierra vieron el primer rayo de luz.

Cuando Fernando terminó, todos guardaron silencio, con general asentimiento ante el sentido común de sus palabras, pero quienes mejor conocían a Dámaso, como sabían que era del norte del Tajo y en más de una ocasión lo habían oído abogar porque los perjuicios sufridos por la provincia de Cáceres no quedaran sin reparos, dirigieron la mirada hacia él por ver si tenía algo que objetar. El capataz, ajeno al interés de algunos, sacó la petaca y se puso a liar con cachaza un cigarro. Luego, cuando lo tuvo en la boca, levantó hacia Fernando sus ojos cansados.

—Tú que eres muy leído sabrás algo de los tejemanejes de un tal José de Salamanca, que es marqués.

—Algo he leído en *El Eco*. ¿Por qué lo pregunta usted?

—La última vez que estuve en Plasencia oí decir que está detrás de la idea de la línea del Tajo y que es él quien mueve los hilos al gobernador de Cáceres.

—No andan muy descaminados sus paisanos. Es el constructor de los ferrocarriles portugueses y le interesa unirlos con una línea propia hasta Madrid —confirmó Fernando Cortés—. Hace quince años, cuando era ministro de Hacienda, llovieron las críticas a su gestión. Se sabe que el marqués de Salamanca es un promotor sin escrúpulos, que tiene influencias y negocios no del todo claros con Fernando, el esposo de la reina madre, y que quiso adquirir esta línea del Guadiana para que fuese cabeza con la suya en Portugal. Al no poder conseguirlo, empezó a imaginar proyectos. Lo primero que hizo fue ganarse al jefe civil de la provincia de Cáceres, persona de vigorosas pasiones y de amor propio excesivo, según las declaraciones que realiza en la prensa. El gobernador está contribuyendo al embravecimiento de la lucha y a dividir la provincia en dos partidos: uno que no quiere romper la fraternidad con Badajoz, matando en germen su prosperidad, sin conseguir nada a cambio, puesto que dos líneas generales paralelas y en dirección a un país de escasos recursos, como Portugal, no pueden por menos de arruinarse mutuamente; y otro que, en nombre de una dignidad mal entendida, sueña con la revancha, y a trueque de vengarse de la provincia de Badajoz, cierra los ojos a la conveniencia pública, a las ventajas de la línea norte a sur, y a todo lo que no sea construir un camino que al del Guadiana aniquile. El gobernador, hábilmente manejado por el marqués de Salamanca, que se ha brindado a construir la línea desde Toledo a Cáceres por Navalmoral y Trujillo, ha tomado este partido y está instando a los ayuntamientos para que faciliten a la empresa constructora la parte que del producto de sus Propios han reservado a los pueblos las leyes desamortizadoras.

—Así nos van las cosas, sí, señor —se lamentó el viejo Dámaso, sin dejar de mordisquear la punta del cigarro—. Y mucho me temo que los odios ahora engendrados vayan para largo.

Todavía, aunque sin apenas auditorio, pues la mayoría hacía

tiempo que miraba aburrida para otro lado o hablaba de otras cosas, estuvieron el capataz y Fernando debatiendo un rato sobre la conveniencia o no de la línea Norte-Sur, proyecto indicado, según convinieron, en los tiempos modernos por la ciencia y en los antiguos por el comercio y la política, que aconsejaron a los romanos construir en esta dirección su Vía de la Plata.

—Algún día —concluyó Dámaso—, los extremeños sensatos se darán cuenta del error y se trazará un ferrocarril entre Castilla y Andalucía, que satisfaga las necesidades morales y materiales de la Alta Extremadura y complementa a esta línea del Guadiana.

Iba a decir algo más, tal vez que así quedaría conformada en conjunto una magnífica red extremeña, donde ningún interés legítimo quedara desatendido, pero en aquel momento el tren empezó a reducir la marcha para parar en la estación de Almadenejos. A Agarrapanes lo acometió una especie de desasosiego que lo hizo levantarse antes de que el vagón estuviera quieto, tanto era su afán por saltar y correr a donde su mujer y sus hijos. Pero no siendo capaz de mantener el equilibrio cayó de espaldas y los que estaban más cerca no pudieron contener la risa. El de Almadenejos intentó ponerse de pie otra vez y de nuevo fueron sus huesos a dar contra el piso de madera, con lo que el jolgorio fue general.

—Si con el ama haces lo mismo —gritó uno—, vas a quedar mal el pabellón.

—A ver si cumples como Dios manda —gritó otro cuando ya el tren se había detenido y Agarrapanes saltaba del vagón.

—Si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarnos —voceó el primero.

—Pregúntale a tu mujer —respondió el de Almadenejos desde el arcén—, verás como se ríe.

—Yo no estoy casado.

—Pues sería tu hermana.

Así se les fue casi todo el viaje y, entre bromas y risas, del tren fueron bajando los hombres, cada uno en su lugar de inclinación (Valdeazogues, Puertollano, Argamasilla, Pozuelo de Calatrava, Villar del Pozo y Poblete), quedando los vagones al fin casi vacíos, sólo con los que iban a la feria de Ciudad Real. Desde Poblete fueron en silencio, como si de pronto, al dejarlos

el último de los que iba a dormir aquella noche en cama propia, se hubieran dado cuenta de que un desierto helado crecía dentro de ellos. Sólo el joven Acedera, que parecía ajeno al general desasosiego, vuelto hacia la cola del tren seguía contemplando con los ojos cargados del mismo asombro que al principio la serpiente de hierro que iba quedando atrás, tendida al sol sobre dilatados términos que en la época árabe albergaron a miles de habitantes y donde ya no existían más que unos cuantos pueblos y algunos caseríos salpicados aquí y allá.

La locomotora recorrió jadeando la última legua y, como si con el arroyo de lágrimas de fuego que derramaba sobre la vía se le fuera la vida, hizo su entrada en la estación a saltos, emitiendo larguísimos pitidos de advertencia, espantando a las cigüeñas de las torres cercanas que abandonaron los nidos y volaron en círculo sobre aquel gigantesco gusano que era como una pesadilla. Junto a la estación, que olía a nueva, florecían talleres y fraguas. Un poco más allá, al otro lado de la calle, se estaban construyendo posadas, paradores, tabernas y almacenes. Por todas partes era mucho el trajín de mozos, arrieros, carreteros, mujeres y curiosos en general, que vinieron a entretener la tarde viendo entrar el tren y poco después partirían hacia el cercano ferial.

Los corrales eran un hervidero de gentes y animales: vacas apiñadas, cabestros, toros desbravados, mansas ovejas merinas, cabras nerviosas, cerdos hambrientos, ajenos a su destino, pero, sobre todo, potros, yeguas, caballos, mulas y asnos. Los había de todos los pelajes, entre el pura sangre andaluz y el pobre burro famélico que disimulaba las mataduras con una mezcla de cenizas y resina.

La explanada que tenían reservada las bestias, frente a los corrales de las merinas, olía a meado y cagajones. Una nube de polvo flotaba en el aire, se pegaba a las gargantas y, amasada con sudor, se adhería a los cuerpos y a las ropas. Los del ferrocarril, campesinos al fin y al cabo, se mezclaron con los tratantes y alguno de ellos, como Chinato, llegó a regatear con un gitano viejo por un burro entero al que se le iban los ojos detrás de una yegua.

Al caer la tarde, como abejas atraídas por el aroma de una flor, los del ferrocarril siguieron el perfume de la musiquilla de

la otra feria, la que empezaba cuando se apagaban los ratos en los corrales. Entre dos filas de frondosos árboles, siguiendo a la riada humana, fueron a dar a una amplia plaza en la que ardían corros de gente en torno a toda clase de adivinos y chocareros, agoreros y chanceros, cómicos y saltimbanquis, profetas y tragasables, cuentistas y escupefuegos. Por todas partes había barracas, puestos de vino con toscos mostradores de troncos cortados a la mitad, grandes tinajas de barro, cubas de madera y pellejos de piel de cabra. En un extremo de la plaza había una jaula con un oso malayo que perseguía a un chimpancé que lo hostigaba. Delante de una barraca un cartel alentaba a la gente a pasar al interior para ver lo nunca visto: mariposas nocturnas que aborrecían la oscuridad, mamíferos voladores y peces con patas. Al otro lado de la plaza, un endriago gigante con facciones humanas y miembros de reptil se movía pesadamente, cargado de cadenas, ante una multitud vociferante que disfrutaba de terror. Un poco más allá había un sujeto alentando a la gente a entrar en la tienda del hombre elefante y a su lado otro buhonero de ilusiones le hacía la competencia con su hombre invisible. En el suburbio de la feria un grupo hacía cola para conocer a Afrodita, la mujer más bella del mundo, según un cartel de irregulares letras de color verde que colgaba de un carretón cubierto por una lona pintarrajeada de azul y amarillo. Ante el carruaje un viejo con casulla, que se hacía llamar Hefestos, echaba las cartas en una mesa y recetaba brebajes contra el mal de amores y la infertilidad. A su derecha había un farol negro con poca luz y a su izquierda una cesta de mimbre con monedas de cobre. José esperó una hora, tal vez menos, el tiempo para que entraran y salieran los trece o catorce hombres que estaban antes que él en la cola. Cuando llegó su turno echó dos reales en la cesta de mimbre del viejo, subió los tres escalones de la carreta, cruzó una cortina deshilachada y, bajo la débil llama de un candil que tenía la mecha a medio consumir, encontró a Afrodita desnuda, bañada en cien sudores, sobre un jergón pestilente, empapado de humores. La joven, casi una niña, dirigió una rápida e instintiva mirada al que entraba y luego, exhausta, desfallecida, siguió contemplando, como ausente, un roto del techo por donde se colaban las estrellas. José miró sus ojos vacíos y, al reconocerla, le entraron ganas de llorar. Ella no se acordaba de él. Tres años

antes, cuando Afrodita se llamaba Rosa María y andaba por el mundo con los ojos sembrados de incertidumbre en un carromato cargado de sueños, ni ella ni los suyos, que decían leer el futuro en la palma de las manos, podían imaginar lo que les tenía reservado el destino. Sólo después de la boda descubrieron que el mítico Zenón Malaquíás era un farsante, que nunca había dirigido un circo y que, aunque iba de feria en feria, el Gigante de las Nieves, el Hombre Elefante, el Centauro y los gatos con alas sólo existían en su imaginación. En realidad Zenón Malaquíás había vivido durante los últimos cuarenta años de recetar brebajes y comerciar con los encantos de una mujer que abandonó finalmente, cuando sus vastas caderas y sus pechos marchitos dejaron de interesar a los hombres. Después de la boda, durante algún tiempo la familia de Reyes Tobías y Zenón Malaquíás fueron de feria en feria exhibiendo a Moisés Doscaras, pero la sociedad se deshizo el día en que el muchacho murió a consecuencia de una mordedura del mono que tenía por mascota, que le contagió la rabia. Desde entonces Rosa María fue Afrodita y los hombres hacían cola ante la promesa de encontrarse con la mujer más bella del mundo. José abandonó el carro, sin haberse bajado los pantalones, antes de que Zenón Malaquíás lo indicara. Consternado, sin reparar en el guiño de complicidad de Julián Pregunta, que era el que seguía en la cola, fue a ahogar con vino la rabia que sentía y el asco que se daba.

Durante horas vagó solo entre la multitud por los puestos de vino y aguardiente. Cuando el ferial dejó de hervir, sumido en una nube insondable, continuó vagabundeando por las pocas casetas que seguían abiertas, escarbando con los ojos el semblante de los que trasnochaban, hasta que se encontró con Chinato y Acedera que, tan borrachos como él, intentaban guardar con cierta dignidad el equilibrio, apoyados en un mostrador. Acedera se abrazó a José como si hiciera años que no lo veía. Chinato pidió al de la cantina un vaso más. Luego continuaron con lo que estaban antes de llegar el de Artobas, porfiando con lengua gorda sobre el precio de una yunta de mulas invisibles que un tratante experimentado había querido vender a Acedera poco antes. José veía a sus amigos flotando entre destellos, como en un resol fluctuante. Sus labios se movían, pero de sus bocas no salían palabras, sólo muecas y aspavientos que se difuminaban

como imágenes perezosas en el aire. Cuando Chinato expresó su deseo de pasar del vino al aguardiente, Acedera, con verbo desmañado, entonó una cancioncilla triste y dolorosamente incomprensible. José se bebió de un trago la primera copa de aguardiente y, sin esperar a que Acedera acabara la copla, canturreó con voz rota y espesa un madrigal amoroso y melancólico que puso tristes a sus amigos y llenó de emoción los ojos del cantinero, un manchego corpulento y bonachón que, aunque tenía ganas de recoger, sirvió una ronda por cuenta de la casa. José escancié la copa al terminar su canción y fue entonces cuando el mundo se apagó.

Cuando volvió a hacerse la luz estaba solo, con una vara en la mano, ante la tienda de Afrodita, donde un grupo de cuatro hombres aguardaba turno aún bajo la sucia luz de un farol. José, ignorando las protestas de los que esperaban y ajeno a los gritos y amenazas de Zenón Malaquíás, subió al carro con paso vacilante, tropezando en todos los escalones. Rosa María seguía tendida en el jergón con la mirada ausente, como si su alma, a fuerza de desearlo, hubiera abandonado el cuerpo y escapado por el roto que había en la lona del techo, camino de las estrellas. Entre sus piernas menudas e inertes había un gigante con los calzones bajados. José cruzó con la vara su espalda y el hombre se estremeció al recibir el golpe, pero no abandonó su posición. Entonces el de Artobas, que estaba decidido a sacar de allí a la muchacha como fuera, para arrancarla de la vida de perra a la que la habían condenado de por vida, golpeó de nuevo al hombre y a continuación tiró de él y lo arrojó al suelo. Rosa María, que seguía sin reconocer al joven, lo acechaba espantada, con mirada recóndita, insondable. En aquel momento Zenón Malaquíás entró en la tienda y, chillando como una rata entallada, amenazó al de Artobas con una navaja. José se volvió y midió su frente con la vara. El viejo cayó como un fardo, con la cabeza ensangrentada, y Rosa María, que no se había movido del jergón en toda la noche, saltó como una gata y se fue a donde su marido, llorando y gritando injurias a su agresor, con boca endemoniada. José, que no entendía nada, se vio de pronto arrastrado al exterior por los cuatro que esperaban la vez para aflojarse sobre Afrodita. Allí fuera lo apalearon sin piedad, hasta que perdió el sentido, y todavía, postrado en el suelo, le patearon

las costillas. Cuando abrió los ojos, el sol alto hirió sus pupilas. Le dolía todo el cuerpo. Estaba tendido sobre un montón de estiércol. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Con gran esfuerzo logró sentarse al fin y, al mirar a su alrededor, pudo comprobar que la feria diurna estaba ya en pleno regateo.

Habían transcurrido dos años desde que empezaron los trabajos en el túnel de las Cabras cuando *La Crónica* publicó un artículo sin firma criticando la lentitud de las obras en aquel tramo de la línea. «Unas veces por las lluvias», podía leerse en la primera de sus cuatro páginas, «otras porque las nubes amenazan con algún chubasco, y otras, en fin, por contratiempos e inconvenientes que no recordamos ahora, lo cierto es que en los trabajos no hemos visto otra cosa que una calma que desespera y una lentitud muy censurable.» El periódico reprochaba a la empresa que el primer tren que había entrado en la estación de Badajoz procediera de Portugal, en lugar de hacerlo desde el corazón de España, con lo que habíase perturbado seriamente el espíritu patriótico de quienes se interesaron con sus fondos en la construcción de la línea. El anónimo articulista afirmaba que la provincia entera había mudado su interés hacia el camino de hierro. «Tan grande era el deseo de que se construyera y explotara esta línea», confesaba, «tantas las ventajas que se creyó habría de reportar a todos, que muchos pueblos participaron con el interés de la venta de sus Propios en la construcción. Cuando comenzaron los trabajos no se oía hablar más que de “ofrecientos” y promesas halagüeñas; se refería la actividad que iba a desplegar la compañía, que la línea estaría terminada en el plazo señalado en la concesión, y aun quizás antes de expirar; y en fin, tanto se dijo y tan brillantes cuadros se bosquejaron, que hubo quien creyó sinceramente que al cabo de cuatro años, o poco más, el camino estaría concluido. Hoy», finalizaba el articulista, «la decoración ha mudado completamente: el entusiasmo y actividad, los sueños dorados y las esperanzas, han sido sustituidos por la frialdad y la calma, la realidad y la desconfianza.»

Bien como consecuencia de aquel artículo (y de otros parecidos que siguieron) o bien porque realmente las obras del tramo Vereda-Almorchón llevaban más de un año de retraso y la compañía apremiaba desde París y Madrid, el caso fue que Eduardo Vicens, que era un hombre afable y un profesional acreditado, mudó el genio y empezó a tratar a los encargados con el humor de un perro alano. Los encargados, que no necesitaban motivación para tirar del palo, amonestaron de mala manera a los capataces, a los que no quitaron ojo desde entonces, y éstos, resentidos con quienes aunque superiores creían camaradas, trasladaron a sus subordinados todo su infortunio y enojo. Los obreros (que no tenían en quién descargar su rabia, a no ser en las pobres bestias que tiraban de las vagonetas), apretando los dientes maldecían el santoral, mientras arañaban el corazón de la sierra de las Cabras, cerro de la Malamonedá, que se resistía a ser agraviado y estaba cargado de trampas. «Una cosa es proyectar un túnel», decían, «y otra muy distinta hacerlo con las manos.»

Las principales dimensiones del subterráneo, antes de revestir, eran de más de tres estados y un cuarto de altura (casi veintitrés pies en el eje, desde el nivel de la rasante de la explanación hasta el intradós de la bóveda) y cerca de siete varas de anchura en la solera y en el arranque de la bóveda, desde el principio hasta el fin de la montaña. «No es lo mismo predicar que dar trigo. Nosotros hacemos lo que podemos y un poco más. ¿Por qué no contrata la compañía a más gente?» Eran palabras que se pensaban, pero que no llegaron a ser pronunciadas. Si acaso los obreros renegaban entre dientes en cuanto los capataces se daban la vuelta, pero hacia fuera nadie se quejaba.

Es refrán bien conocido que no hay atajo sin trabajo, ni rodeo sin deseo y, a pesar de todo, muchas veces preferimos ese trabajo mayor del atajo, con tal de ganar tiempo, sin caer en la cuenta de que en ocasiones es necesario regresar al punto de partida para volver a empezar. Algo así sucedió con los puentes entre Vereda y Almorchón, que era, con mucho, el tramo más difícil entre Madrid y Lisboa, según palabras del ingeniero. El camino, en aquella fase, atravesaba montes y valles, bordeaba sierras, salvaba ríos, leguas y más leguas de desmontes y terraplenes. Los primeros puentes se construyeron con madera, bien

porque los costes eran menores o porque se ganaba tiempo al apoyar vigas rectas, armadas con tablones, sobre palizadas. Pero cuando se hicieron las pruebas de resistencia se comprobó lo que todo el mundo intuía (que no eran seguros) y hubo que sustituir las palizadas por pilas y estribos de fábrica. Finalmente también hubo que cambiar por fábrica de piedra y ladrillo las vigas armadas con tablas. Así que no todo el retraso acumulado era debido al túnel, donde la actividad no se suspendía aunque fuera estuviera diluviando.

Los primeros que entraban cada mañana eran los minadores, que abrían barrenos para los explosivos en la galería de avance. Ésta era tan estrecha que, con pistolete en la mano izquierda y maceta en la derecha, los hombres se entorpecían unos a otros en el vientre de piedra. La sierra se defendía con desprendimientos, ventilación insuficiente y corrientes subterráneas que, al no encontrar salida, inundaban las obras.

Mientras tanto, Alfred Nobel (que no debía de ser ajeno a tanto sufrimiento) experimentaba en su fábrica de Suecia nuevos explosivos, pero hasta dos años después no daría a conocer el descubrimiento de una mezcla de nitroglicerina y una materia porosa inerte, tres veces más destructiva que la pólvora. ¡Cuántos esfuerzos, sudores y sacrificios se habrían evitado de haber conseguido el nórdico su dinamita unos años antes!

Un día, el capataz de los minadores dijo que había oído decir al ingeniero que muy pronto se abrirían los barrenos con perforadoras mecánicas.

—Seguro —se burló Marcelo mientras hacía girar el pistolete a cada golpe de maceta para evitar que se acuñara en el barreno—. ¿Y no dice nada el ingeniero de cuándo van a volar los burros?

Los minadores corearon a Marcelo con una carcajada y hubo quien miró con benevolencia al capataz, como diciéndole que allí quería ver al ingeniero y al inventor del artefacto, convencido de que las manos del hombre nunca podrían ser sustituidas por las máquinas. El capataz dio media vuelta, mascullando entre dientes que eran un atajo de alcornos ignorantes, mientras los minadores seguían riendo con suficiencia.

Poco después, cuando las burlas remitieron, José se acercó a Marcelo y le preguntó si él había visto alguno de los artilugios

inventados por el boticario de Artobas. El Hortelano, que había oído hablar de máquinas que segaban, arrebatando el trabajo a los hombres, contestó que don Basilio era un bicho raro y que más le valdría dedicarse a sus hierbas. José guardó entonces silencio, pero, mientras ayudaba a su paisano a desprender un bloque de piedra que se resistía, por su cabeza corrieron voces de Artobas que le susurraron que, mucho tiempo atrás, tanto que tal vez él ni había nacido, el boticario había construido una máquina con aspecto de gallina, que movía las alas, andaba y comía. También recordó haber oído decir que lo habían visto en el sendero del Zújar al lado de un hombre de palo que caminaba sin ayuda.

Cuando consiguieron desprender la roca, tras introducir debajo de la piedra la parte puntiaguda del zapapico y cargar sobre él el peso de sus cuerpos, convirtiéndolo en palanca, José, que no dejaba de darle vueltas a la idea, dijo que no estaría mal que algunos trabajos se pudieran hacer con máquinas.

—Claro que sí —anotó Marcelo—, pero entonces sobramos nosotros, ¿no te parece?

—No lo había pensado —musitó José, que volvió a lo suyo cabizbajo, no fueran a llamarle la atención.

No mucho después se mandó parar y los hombres, extenuados, salieron del túnel como del infierno, sudando fuego. En el cielo el norte estaba claro y el sur oscuro.

—Mañana aguacero seguro —le dijo Marcelo a José al despedirse en la bocamina, antes de tirar para el sendero que conducía a Cabezarrubia.

—Mañana aguacero seguro —repitieron otros que también sabían leer en el cielo, pero lo decían sin ilusión, resignados. Nadie acariciaba la idea de que un día metido en agua pudiera permitirles recuperar fuerzas. Sabían que al amanecer el túnel volvería a engullirlos aunque el arca de Noé cruzara por allí.

Cada día, cuando salían del túnel, agotados, oían que lo peor ya había pasado, pero empezaba una nueva jornada y ya sólo aspiraban a seguir viviendo. Cuando dejó de verse la luz de la bocamina empezó a respirarse con dificultad. La temperatura subía a cada paso. Durante las primeras horas de la mañana aún se podía resistir, pero el aire se rarificaba a medida que pasaban las horas y se saturaba más y más de humedad. Treinta y dos

hombres habían enfermado ya, sin contar los accidentes. La mayoría curó enseguida tras abandonar el trabajo, pero tres murieron. Los caballos y las mulas también enfermaban y morían de congestión pulmonar, según se dijo. «La solución es abrir pozos de ventilación», decían los minadores. «Las obras van con retraso», era la contestación de la empresa. «Excavar pozos nos retrasará más y está por ver si serviría de algo.»

Un médico enviado por la compañía redactó un informe que describía un cuadro de congestión, opresión, respiración breve y rápida, transpiración en todo el cuerpo, desvanecimientos, indiferencia, movimientos pesados y sin elasticidad, disminución en la secreción de la orina, desgana, fiebres y aumento de las pulsaciones. Concluía aventurando que la causa de la enfermedad había que buscarla en la falta de ventilación y que el remedio era inyectar aire respirable. Como la solución no convenía a sus intereses, la empresa envió un segundo médico, que dedujo que la causa del mal eran unas bolsas de gases irrespirables que había en puntos concretos del túnel, pero ya se habían evaporado.

Cuando los hombres dejaban el trabajo y se enfriaban, no tenían fuerzas ni para alzar la voz, así que, después de cenar, que lo hacían temprano, muchos se metían en los barracones, se dejaban caer en los jergones y, huérfanos de futuro, dormían como troncos toda la noche, ajenos al viento que escribía con sus nombres páginas de olvido. Cada día eran menos los que se sentaban en torno a las hogueras para comentar los incidentes de la jornada, jugar a las cartas, sentir con los gemidos de una guitarra o escuchar las viejas historias del viejo Chinato que, entre sábado y sábado, era uno de los pocos entretenimientos que les permitía escaparse de aquella vida y vivir en mundos bien diferentes, en los que no había tanto sufrimiento y todas las cosas pasaban como ellos querían que fuesen.

A veces, cuando Chinato se repetía o deseaba estar solo, José se refugiaba en alguno de los libros que le pasaba Fernando Cortés, que eran como puentes levadizos que le permitían cruzar de un tiempo a otro, visitar mundos remotos y conocer seres extraordinarios, en ocasiones imposibles, pero verosímiles. Una noche, después de un día en que el sufrimiento había sido tan grande que muchos no esperaron ni a cenar para irse a dormir, Acedera se acercó a José, que estaba leyendo a la luz de una fo-

gata, y se sentó frente a él. Durante un rato estuvo allí en silencio, mirándolo a hurtadillas, sin atreverse a interrumpir, hasta que José dejó el libro en el suelo y echó mano a la petaca.

—En mi pueblo —dijo Acedera mientras el de Artobas liaba perezosamente un cigarro—, hay un hombre, el señor Manuel, que sabe leer. Casi todas las noches va gente a su casa para oírlo. Yo también iba antes. ¡Lee que da gusto!

José pasó la petaca y el librito de papel de fumar a Acedera y a continuación, a la luz de la lumbre, se puso a leer en voz alta el primer capítulo de la novela que tenía entre manos. La noche siguiente tuvo que empezar de nuevo, pues con Acedera llegaron Agarrapanes, Chinato, Julián Pregunta y otros pocos más. Durante semanas José leyó para sus compañeros algunas de las aventuras que James Fenimore Cooper imaginó al otro lado del mar y durante todo aquel tiempo el aire del campamento se llenó de corsarios y pieles rojas, de vastas praderas, mares ignotos y toda la magia que en sí encierra el arte de leer. Así pasaban los días de la semana y el sábado, a sol puesto, los que no tenían casa en los pueblos de la línea, entre el túnel y Ciudad Real, ocupaban Cabezarrubia, donde era habitual que acabaran envueltos en broncas.

Como el plazo de ejecución de las obras había expirado hacía tiempo y seguían acumulándose días de retraso y como los gritos y amenazas empezaban a resbalar por la piel de los obreros, viendo que hasta a las mulas se le alternaba el palo y la zanahoria, recibieron los encargados y capataces orden de cambiar el látigo por una serie de incentivos, que en definitiva consistían en añadir al salario, que era fijo, unos complementos variables, según el rendimiento. El original sistema mixto de jornal y destajo coincidió con la implantación de un nuevo procedimiento de perforación y arranque que, según el ingeniero, no tenía nada más que ventajas. Consistía en ejecutar un número conveniente de hendiduras horizontales y verticales en la roca, formando bloques que sólo quedaban unidos al resto del macizo por una cara y que configuraban gigantescos tableros de ajedrez. A continuación, valiéndose del pico y de grandes cuñas de hierro que clavaban en puntos elegidos de la roca, se hacían caer los bloques.

Ciertamente el sistema tenía la ventaja de que los hombres hacían el mismo trabajo en la mitad de tiempo, pero la posibilidad de accidentes por desprendimientos era mayor.

Uno de los primeros en dominar aquel procedimiento, que tenía tanto de maña como de fuerza, fue Marcelo el Hortelano. A los pocos días ya realizaba la faena de forma rutinaria, con lo que podía estar allí a la vez que su mente volaba por los cielos de Artobas, llorando a los hijos que las hambrunas y epidemias se llevaron, o a la mujer que perdió, de lo que todavía se sentía culpable. Quizás en lo que pensaba en aquel momento era en el llanto de un niño que había oído la noche anterior y que él identificó con el de su hijo Andrés cuando lo dejó en manos de su madrina, la hermana de su difunta esposa, poco antes de pegar fuego a la casa de la huerta y huir de la aldea. Eran aquellas las cosas en las que pensaba casi siempre, pero a veces su mente viajaba a Madrid, al lado de su primogénito, del que recibía noticias sólo de tarde en tarde. También, desde que se mudó a Cabezarrubia, soñaba con añadir un cuarto a la casita que había levantado con sus manos, piedra a piedra, con ayuda de su hija Paula, a los pies de unos riscos, en el terrenito de una viuda a la que no le era indiferente. Para todo debió de tener tiempo aquel día mientras consumaba nueve hendiduras verticales y otras tantas horizontales en la pared rocosa. La tarde se escapaba al otro lado de la bocamina cuando Marcelo, con todas las cuñas en su sitio, empezó a apalancar con el pico uno de los colosales bloques de piedra.

Fuera dieron la voz de parar y los hombres dejaron lo que estaban haciendo y corrieron en desbandada a respirar aire puro y a tirarse de cabeza a las aguas del arroyo, pero Marcelo siguió en lo suyo, que era sumar un par de escudos a lo que ya había ganado. Al ver que lo habían dejado solo José se acercó a ayudar a su paisano y, como hacía falta al menos otra palanca, llamaron a Acedera, que ya se iba y, aunque pequeño, tiraba como el que más.

—Todos a una —dijo Marcelo, con el sudor manando a chorros de su frente y corriéndole por el rostro, el cuello y el torso desnudo—. ¡Ahora! —gritó cuando los tres estuvieron preparados.

Al unísono hicieron palanca con los picos, primero con un golpe seco, por ver si cogían en un descuido a la sierra, después

sostenidamente, en un esfuerzo prolongado que acabó cuando José resbaló en el barro que formaba a sus pies un pequeño manantial que brotaba allí mismo, debajo de la roca. Al caer se hizo daño en la mano derecha y Acedera, que estaba a su lado, soltó el pico y se agachó para ayudarlo. El Hortelano miró a su paisano, que ya se levantaba apoyándose en el compañero.

—Será mejor dejarlo para mañana —dijo, con lo que los otros dos, libres de compromiso, buscaron la poca luz que llegaba del fondo. Luego Marcelo se puso a recoger sus cosas y, pensando quizás en la viuda que iba a visitar aquella noche, se entretuvo y olvidó que no había que desviar la mirada de una pared herida. Cuando José y Acedera, que estaban a medio camino entre la galería de avanzamiento y la boca del túnel, escucharon el estruendo de rocas y tierra, se volvieron como relámpagos, pero ya sólo vieron la nube de polvo que avanzaba hacia la salida. Cuando el desprendimiento terminó fueron los primeros en llegar hasta donde estaba el cuerpo de Marcelo, pero, con lo que tenía encima de piedras y tierra, tardaron varias horas en sacar de allí lo que quedaba de él.

En la boca del túnel, bajo la luz de la luna, subieron el cuerpo a un carro y, trastornados, en silencio, marcharon en procesión a Cabezarrubia para entregar a Paula los restos de su padre.

—Alguien tendría que adelantarse para ir preparando a la muchacha —comentó el viejo Dámaso, que dos años antes había sido capataz de Marcelo en una brigada de cavadores.

—Que vaya el Nublero, que es su paisano —dijo otro.

—Sí, él la conoce y puede hablarle —dijo un tercero muy cerca de José, que iba con Acedera inmediatamente detrás del carro, con los ojos fijos en el fárrago de huesos, tripas y sangre a que había quedado reducido el cuerpo del hombre más fuerte de Artobas. Iban sin saber qué decirse el uno al otro, pálidos como el muerto, incapaces de pronunciar palabra y menos de anticiparse a la comitiva en busca de Paula.

No fue necesario que José se adelantara. Por el camino venía la hija de Marcelo corriendo al encuentro de la procesión. Detrás de ella, como a media legua, un grupo de mujeres, con los ojos y el alma cargados de incertidumbre por la tardanza de los hombres, intentaba darle alcance.

En el momento del accidente volvían del río Paula y una vecina, con cestos de ropa en la cabeza, cuando la primera oyó un lamento que era como un eco lejano que iba rebotando de risco en risco. El lamento llegó a sus oídos y se quedó flotando en el aire como una paloma.

—¿Ha oído usted eso? —preguntó, mientras se detenía en la vereda y miraba en todas direcciones.

—¿El qué? —contestó desorientada la otra lavandera.

El lamento cesó entonces y la hija de Marcelo reanudó la marcha, confundida, pues hacía mucho tiempo que no oía voces en su cabeza, pero no había dado ni diez pasos cuando vio acercarse a su madre. Paula se detuvo de nuevo y, paralizada por una imprecisa sensación de angustia, advirtió, horrorizada, que tenía en la cara las mismas señales de sufrimiento que el día en que murió. Eufemia pasó a su lado sin decir nada y cuando Paula se volvió la vio alejarse en dirección a la sierra de las Cabras.

—Mi padre ha muerto —dijo soltando el cesto de ropa, que cayó al suelo y rodó hasta los pies de la otra lavandera.

Sin contestar a las preguntas de la mujer, Paula echó a correr detrás de su madre.

Aquella noche pasaron por la casa del Hortelano todos los minadores y cavadores y muchos albañiles, peones, entibadores, paleros, forjadores, herreros, carpinteros y arrieros, además de un grupo de capataces y algunos hombres del pueblo que lo habían conocido en vida y unas pocas vecinas que fueron a consolar a la pobre huérfana. Los del ferrocarril estuvieron entrando y saliendo de la casa sin saber muy bien qué postura adoptar. Muchos, al pasar junto a las mujeres, se limitaron a dar una cabezada torpe ante Paula, con miradas esquivas, para que el dolor de ella no contagiara sus ojos. Luego, tras desfilarse ante el cuerpo del compañero, se fueron a guardar la calle entre cigarro y cigarro. Algunos se mordían los labios para no dejar escapar un lamento; otros, compasivos, arrugaban los rostros para que las lágrimas no traicionaran su hombría, pero ninguno de ellos era capaz de disfrazar la mirada.

Paula, de riguroso negro, estuvo toda la noche sentada delante de su padre, recibiendo condolencias, con los ojos perdi-

dos, bañados en lágrimas. José, de pie en un rincón, no apartaba los suyos de Marcelo, que estaba tendido en un sofá de madera con el traje negro de los domingos. Sólo de vez en cuando dirigía una breve mirada a su hija, que proyectaba una estampa de extremo desamparo en medio del grupo de misericordiosas mujeres que la envolvían con sus rezos.

—Ya sabes —le dijo en un aparte cuando tuvo ocasión—, aquí me tienes, para lo que haga falta. Como un hermano.

Lo dijo de corazón, sin reservas, decidido a acudir en cuanto ella se lo pidiese, aunque no supiera muy bien qué podría él hacer por la hija del hombre que le tendió la mano cuando más solo estaba.

Al entierro, que se ofició el día siguiente, asistió el ingeniero con algunos encargados. Hubo un momento de tensión cuando llegaron. A Chinato, que tenía un pronto muy fuerte, le pasó por la cabeza irse para ellos, pero como la comitiva entraba ya en la iglesia, se mordió los labios y se tragó la rabia que sentía.

Más tarde, en el camino de regreso al campamento, para desahogarse, se oyeron algunas protestas sobre la inseguridad en que se realizaban los trabajos en el túnel. El salario era alto, pero como tenían la sensación de que se estaban matando les sabía a pan de perro. El aire en la galería de avanzamiento no era respirable, debido al consumo que hacían los hombres y las cabañerías, pero sobre todo a causa de la combustión de las lámparas y a los gases que se desarrollaban con la explosión de los barrenos. «Habría que excavar pozos de ventilación, aunque se retrasaran las obras», se decían unos a otros.

—No lo hacen porque se elevarían los costos —apuntó Fernando Cortés.

—Son más importantes nuestras vidas —protestó Julián Pregunta.

—Claro que sí —dijo Acedera, arropado por la mayoría.

—Habría que hacer algo —insinuó Lagrimita, torciendo los ojos.

Durante el resto del trayecto siguieron repasando una a una otras muchas dificultades que se habían encontrado desde que empezaron a excavar el túnel, como las avenidas de aguas subterráneas que a veces se presentaban de pronto y no encontraban salida o la necesidad de contratar a más entibadores que

fueran fortaleciendo la excavación para evitar desprendimientos. La mayoría coincidía con Lagrimita en que era necesario hacer algo, pero como ninguno parecía saber qué es lo que se podía hacer, o al menos se lo callaban, a la mañana siguiente todos estaban a pie de obra como siempre.

Una semana después (la noche de San Juan) volvieron los hombres al pueblo para ver las hogueras y olvidar con vino que dentro de nada, antes de que se dieran cuenta, tendrían que tomar el camino de regreso. Uno de los pocos que se quedaron en el campamento fue José, quien, al poco de cenar, se tendió en el lecho y se puso a leer, mientras esperaba la llegada del sueño. Pero aquella noche ni tenía sueño ni era capaz de concentrarse en la lectura. Una vaga inquietud le recorría el cuerpo. Era como si lo estuvieran llamando desde fuera, como si hasta él quisieran llegar las voces de la infancia que, en noches como aquella, brotaban de la boca de su madre, abriendo de par en par las invisibles puertas de las grutas y palacios encantados que habitaban las reinas moras, o las infantas prisioneras de un ensalmo que salían a dar su paseo anual en torno de sus infranqueables moradas, siempre suspirando por el tardío milagro de su redención. Oía también las voces de su abuelo recordándole que aquella era la noche en que las losas que ocultan los tesoros se remueven y dejan al descubierto las inapreciables riquezas que guardan para que sean descubiertas por los rarísimos mortales predestinados a su hallazgo. Como las voces no callaban, José abandonó el jergón y salió del barracón. La explanada estaba desierta y sólo el rescoldo de un par de hogueras revelaba que allí había habido gente un rato antes. José anduvo de un lado a otro del campamento sin saber muy bien qué hacer. Finalmente bajó por el terraplén hasta la orilla del arroyo, donde tenía maneado al burro (seguía conservándolo a pesar de que hacía más de dos años que no trabajaba como arriero). Comprobó que no se había enredado. Luego le dijo algo, le palmeó el pescuezo y regresó a la explanada. Allí se sentó ante el rescoldo de una lumbré abandonada, que animó con unos trozos secos de jara, tal vez buscando compañía en las llamas. Desde su atalaya podía ver a lo lejos el resplandor de las hogueras de San Juan en Ca-

bezarrubia. Entonces volvió a perturbarlo la incierta desazón de antes. La noche, tibia y clara, era una explosión de ranas, grillos y luceros. Pronto, bajo el crepitar de las llamas empezaron a flotar minúsculos y bulliciosos seres rojizos, entre polluelos de vistoso plumaje, recamado de deslumbrante pedrería, y unas cabritas de pelo plateado y cuernos de oro (hermosos ejemplares, algún tiempo del linaje humano, transformados en animales por el diabólico poder de algún empedernido mago), que surgían en tal noche como aquella del centro de la tierra a lucir sus preciados atavíos. Oyó José luego la voz colectiva de Artobas que decía que a las doce en punto se abriría una de las almenas del castillo de Almorchón y aparecería una piadosa doncella, con una vela encendida en una mano y un libro en la otra, para bendecir o maldecir los campos, según el canon de aquella obra profética. De acuerdo con el conjuro, los suelos de la comarca darían óptimos frutos o serían de escasa producción aquel año. Otras voces se sucedieron en su cabeza de manera desordenada, como notas de distintos instrumentos musicales, rondando en la noche sin ritmo ni dirección, cada uno a su aire. La luna estaba ya alta cuando José echó en falta la voz templada de su padre, que siempre callaba cuando así hablaban las voces de la infancia y lo más que decía era que ya iba siendo hora de dejar de confundir sueños y realidad. Entonces la abuela, que sólo veía por los ojos de su hijo (aunque poco antes ella misma hubiera contado que en el callejón del huerto de Rafael salía al paso todas las noches de San Juan un ser deforme que rogaba que le llevaran la sangre de un gallo negro para recobrar su condición humana), abandonaba las historias y decía que su Tadeo era el único que tenía los pies en la tierra y le pedía que no los tomara en serio, que era una forma como otra cualquiera de olvidar la triste realidad, y era ahí cuando se armaba un buen lío, porque siempre había alguien que protestaba, indignado, si se ponían en duda las tradiciones. En aquel momento los recuerdos lejanos dejaron paso a una imagen reciente. Era la cara de Paula, que tenía los ojos bañados en lágrimas, como la noche en que estuvieron velando a su padre. «Tenía que haber ido con los demás a Cabezarrubia», pensó José. «No he vuelto a saber nada de ella y, si se parece sólo un poco a Marcelo, es capaz de no mandar aviso aunque la pena la esté matando.» Mientras se levantan-

taba para irse a dormir prometió ir a verla al día siguiente. Por el camino de Cabezarrubia avanzaba una bola de luz. «Debe de ser alguien que vuelve del pueblo», se dijo, «o el alma de alguno que no termina del todo de abandonar este mundo», pensó sarcón, recordando a su abuela y sonriendo por primera vez en una semana. Intrigado, José se quedó un rato mirando el fuego que se acercaba por el camino. Poco después oyó ruido amortiguado de cascos (como de herraduras envueltas en trapos). Por fin la luz rodeó el campamento y se detuvo delante de la proveeduría. «¡Vaya unas horas!»..., se dijo el de Artobas, antes de comprender lo que estaba pasando. Gregorio el proveedor y dos hombres que no conocía cargaban un carro, sigilosamente. Cuando hubieron terminado, uno de los desconocidos entregó una bolsa a Gregorio, luego subió al pescante, donde ya aguardaba el otro, cogió las riendas, las sacudió suavemente y las mulas se pusieron en marcha sin apenas hacer ruido, como habían llegado. «Marcelo sabía que el proveedor robaba a la empresa», pensó José. «Por eso el bastimentero me dio trabajo, para teparle la boca.» Luego José se alejó de allí con cautela y se metió en el barracón. Echado en el jergón, boca arriba, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, se fue abandonando al sueño. «Mañana sin falta voy a verla», dijo de nuevo, pensando en Paula. «Un hombre es lo que es su palabra.»

Ciertamente aquélla era la noche de los seres encantados que salían de sus antros mágicos, pero también era una de las noches más cortas del año y cuando José quiso darse cuenta ya sonaban voces llamando al trabajo. Sus compañeros tenían mala cara y se quejaban de que trasnochar no era conveniente cuando al día siguiente había que estar en el tajo, pero noches de San Juan sólo había una en todo el año. Qué le vamos a hacer. Tenían los cuerpos para el arrastre, pero se reconfortaban unos a otros diciendo: «Mañana será otro día».

—Anoche, cuando volvíamos, vi una bola de fuego flotando sobre las aguas del arroyo —dijo Acedera a la hora del almuerzo.

—Tú qué ibas a ver con la que traías encima —le espetó Agarrapanes.

—Chinato también la vio —protestó el muchacho—. Dígaselo usted, ¿verdad que era algo luminoso, que saltaba como si nos persiguiera?

Al final de sus días (cuando su cuerpo era sólo un tronco agostado donde anidaban las arañas y lo único que esperaba era contemplar por última vez el rostro de su hijo Juan de Dios, preso desde hacía diez años) a Paula no le quedaba más que el recurso de la memoria para esquivar los zarpazos de la horrible y fría verdad, la verdad última, la verdad total. Se pasaba los días recordando un tiempo que fue y que no volvería a ser.

Una de las estampas más queridas por su memoria era la de José subiendo a boca de noche la cuesta del callejón a lomos de un asno buruquiento. Había sido aquél un día de fuego y todo el pueblo estaba en la calle tomando el fresco. Ella también.

José había ido otras veces a su casa (primero en Puertollano y después en Cabezarrubia), siempre invitado por Marcelo que no podía soportar la lastimosa figura de soledad del muchacho cuando el campamento se quedaba huérfano de hombres los sábados, al morir la tarde. Durante años (desde la mañana en que llegó a Puertollano con el alma en los ojos y el corazón en los talones y Paula leyó en el aire que era el destino el que lo había llevado hasta allí) había esperado en vano que un día fuera a verla expresamente a ella.

Paula servía la cena. Paula recogía la mesa. Paula, con disimulo, no le quitaba ojo cuando, sentados ante la lumbre, él y su padre fumaban y hablaban de cosas y gentes casi siempre relacionadas con el ferrocarril. Pero José parecía ajeno a su existencia. Alardeaba de ver muy bien de lejos y sin embargo estaba ciego al mirar de cerca. Eso al menos es lo que pensaba ella cuando José se iba y salía a la puerta a despedirlo con cara de pañuelo blanco de adiós. A veces se le escapaba un suspiro